

LA POLÉMICA DEL LUJO EN ROUSSEAU Y LOS ENCICLOPEDIISTAS

Fernando CALDERÓN QUINDÓS
(Universidad de Valladolid)

Aceptado: 8-VIII-2004.

RESUMEN: *Este trabajo pretende adjudicar al empirismo inglés las diversas razones por las que los enciclopedistas franceses hacen una publicidad favorable del lujo. Rousseau es, por el contrario, empleado aquí como contrapeso crítico, y son las ideas de este último aquellas por las que nosotros tomamos partido. Palabras clave: Rousseau, Empirismo, Ilustración, lujo.*

ABSTRACT: *This paper pretends to knock down on the English Empiricism the various reasons why the French Encyclopaedists give luxury a favourable publicity. Rousseau is, on the contrary, used here as a critical counterweight, and his ideas are given strong support in the text. Key words: Rousseau, Empiricism, Enlightenment, luxury.*

1. Introducción.

Después de consultar los principios básicos de la filosofía y de la ciencia inglesa, y analizar su repercusión en el enciclopedismo francés, creemos que son tres las razones por las que el lujo recibió en la Francia del XVIII una publicidad favorable. Estas razones son las que se exponen a continuación:

- 1.— *La defensa de un método inductivo* que, reconocido primero en la física de Newton y adoptado más tarde por el resto de las ciencias naturales, fue empleado por Quesnay para la elaboración de un modelo económico que elevaría a la categoría de científicas diversas propuestas destinadas a perpetuar las situaciones de desigualdad.
- 2.— *El reconocimiento de una psicología sensualista* que, igualmente adoptada por el enciclopedismo francés, sirvió para promover una actividad comercial basada en la presunta armonía de intereses.
- 3.— *La derrota del innatismo.* La filosofía del XVIII, tanto inglesa como francesa,

niega la existencia de ideas innatas. Sin embargo, los ilustrados franceses insisten en la existencia de principios que, aun no siendo innatos, comparten la característica de la universalidad. Con ello se apartan del empirismo expuesto por Locke y se sitúan del lado de la ciencia elaborada por Newton. Ahora bien, luego de reconocer que una moral de este género podría ser inoportuna a los intereses comerciales, proponen exceptuarla de toda actividad económica convencidos de la armonía que se consigue poniendo en juego las pasiones de los hombres.

A las tres razones descritas propongo emplear las de Rousseau como contrapeso crítico, ahora que la actualidad atiende más a sus denuncias de lo que lo hicieron sus contemporáneos.

2. La renovación de las ciencias: el recurso de un método infalible.

«Después de tantas andanzas desgraciadas, cansado, agotado, avergonzado de haber buscado tantas verdades y haber encontrado tantas quimeras, volví a Locke, como el hijo pródigo vuelve a la casa paterna». ¹ Voltaire, así como los editores de la Enciclopedia —Diderot y d'Alembert— y quienes colaboraron con sus artículos en la publicación de la misma, confesaron su deuda con Locke. El trabajo escrupuloso con que éste se aplicó al estudio del conocimiento trajo consigo consecuencias reveladoras que sedujeron sobremanera al gremio de los filósofos franceses. En el afán de reconocer un origen único a nuestras ideas, su sentido común le impidió aceptar una clasificación cartesiana que las reuniera en tres géneros (ideas innatas, adventicias y facticias), y propuso a la *experiencia* como responsable solitaria del conocimiento. Newton tomó para las ciencias físicas el mismo partido que Locke, y en un ajuste de cuentas con la filosofía continental, convirtió la matemática en una disciplina subalterna de la física, censuró las presunciones de aquélla y sustrajo de ella el hábito de proceder mediante el tanteo de hipótesis.

Hasta Newton, la física se había tomado el penoso trabajo de ceñir el mundo en el corsé de teorías propuestas a despecho de los fenómenos. Con Newton la física expía su afrenta. En sus *Reglas para filosofar* —apéndice filosófico de los *Principia*— se muestra inflexible en este punto: «en filosofía experimental debemos recoger proposiciones verdaderas o muy aproximadas inferidas por inducción general a partir de fenómenos, prescindiendo de cualesquiera hipótesis contrarias, hasta que se produzcan otros fenómenos capaces de hacer más precisas esas proposiciones o sujetas a excepcio-

¹ Voltaire, *El filósofo ignorante*, en *Opúsculos satíricos*, Madrid, Akal, 1978, p. 135.

nes».²

Científicos y filósofos se impregnan de un optimismo que no termina con la física newtoniana. El filósofo está persuadido de que los logros alcanzados no son producto de un lance, de una hipótesis afortunada, de una casualidad prodigiosa; lo son de un método que no se agota en explicar la caída de los graves en la tierra y el movimiento de los astros. El siglo XVIII se apresurará en demostrarlo: Fontenelle, pese a sus discrepancias, prepara el terreno con su *Elogio de Newton*; el conde de Buffon publica su *Historia natural* y Priestley su *Historia de la Electricidad*. Estas tres obras consagran el método experimental en Europa.

La felicitación entre las ciencias mediado el siglo XVIII era recíproca. Sin embargo, el sufragio de la Academia de Dijon quiso que en el otoño de 1750 un filósofo aún desconocido, Jean Jacques Rousseau, causase una conmoción imprevista. Destripar la naturaleza —afirma Rousseau— es poco menos que un sacrilegio; abusar de nuestras facultades, hacer lo propio con la bondad divina; e impugnar a la ignorancia los males de la humanidad, cometer la torpeza de adjudicárselos a Quien nos puso en ese estado. La ciencia, que es buena en sí misma, se ensucia en manos de los hombres de modo que, sirviendo menos para el bien que para el mal, más hubiera valido prescindir de ella, renunciar a los hábitos de los *ángeles perversos* y congratularse de conservar las delicias en que nos guarda la ignorancia.

Pueblos, sabed pues de una vez que la naturaleza ha querido preservarnos de la ciencia, lo mismo que una madre arranca un arma peligrosa de manos de su hijo; que todos los secretos que os oculta son otros tantos males de que os protege, y que la pena que halláis en instruiros no es el menor de sus beneficios.³

Sin embargo, y a pesar del escándalo que ocasionó la lectura de este discurso, ninguna de sus invectivas fueron tomadas en serio. La renovación febril de las ciencias, en efecto, comenzaba a ser demasiado fecunda para que las discrepancias de un filósofo de reciente aparición en la Francia ilustrada fueran tomadas en serio. Cayendo en saco roto la única arenga contra tanto entusiasmo, sólo faltaba que el método de las ciencias naturales pasase a manos de la economía política. El resultado de este préstamo se tradujo en 1758 en la *Tabla económica* de Quesnay quien, asumiendo como propio el espíritu analítico confiado por las ciencias naturales, elevó a la categoría de científicas una colección de propuestas económicas tan ajenas a cualquier tratamiento moral que no tardaron en servir al lujo. La economía, en fin, termina la obra de las ciencias naturales.

² I. Newton, *Principios matemáticos*, Madrid, Tecnos, 1993, p. 463.

³ J. J. Rousseau, *Discours sur les sciences*, OC, III, p. 15.

Ya sé que nuestra filosofía, siempre fecunda en máximas singulares, pretende, contra la experiencia de todos los siglos, que el lujo funda el esplendor de los Estados [...] ¿Qué habremos de concluir de esa paradoja tan digna de nuestro tiempo? ¿Y qué será de la virtud cuando haya que enriquecerse a cualquier precio?⁴

3. El sensualismo inglés y el encanto de las pasiones.

Contra el enciclopedismo se tiene el prejuicio de creer que éste promueve el ejercicio de una razón fría y descarnada. Sin embargo, esta idea procede de ignorar las implicaciones sensualistas en el pensamiento francés y, como se verá, la simpatía hacia el lujo estuvo íntimamente relacionada con el aprecio por el universo de las pasiones. Una vez otorgado a los sentidos, a la experiencia, el origen único del conocimiento, las pasiones, cuyo origen remonta igualmente a los sentidos, obtuvieron también el reconocimiento de la filosofía francesa. Las advertencias teatrales de Racine se perdieron con su siglo. Antes que invitar al hombre a atemperar sus deseos, el filósofo del XVIII aconsejaba que éstos se constituyeran en guía de actuación. Si no se quería obstaculizar el progreso de las ciencias, urgía entonces poner en juego las pasiones, azuzarlas de tal modo que se implicaran favorablemente en la labor intelectual. Materialistas como el barón de d'Holbach y La Mettrie, Quesnay y Turgot entre los economistas, Diderot y también Voltaire se suman a este aprecio inmoderado. Si no contásemos con las pasiones, si el deseo de gloria nos fuese indiferente, si la ambición y la vanidad, por decirlo así, no se apeasen en nuestros corazones, nuestro gusto sería poco menos que detestable, nuestras artes imperfectas y nuestras ciencias rudimentarias. He aquí un lugar común en la filosofía francesa del siglo XVIII.

Así las cosas, el apremio que se tuvo en colocar las pasiones en lugar privilegiado, sirvió para descolgar del siglo las imprecaciones dirigidas al interés personal. De ello se ocuparon, sobre todo, los maestros del materialismo quienes, echando en falta una doctrina honesta que aliviase al hombre de todas sus ficciones morales, idearon la suya como alternativa. Hicieron del hombre una criatura frívola sin otras sensaciones que las que proceden de los sentidos, confiaron la conducta humana a las mismas sensaciones que animan a las bestias y, más aún, lo dispusieron todo en la senda que resume la felicidad en la sola satisfacción de las necesidades materiales. Pero —como ha puesto de manifiesto Faure-Soulet— se sería injusto tanto con el sensualismo británico como con la escuela materialista francesa si no se les reconociese un capítulo más amable a sus teorías: Hume propone un sentimiento de simpatía que emplea como correctivo del principio de utilidad, d'Holbach atempera las consecuencias de su materialismo postulando un interés por el bienestar social, y Helvecio aporta a su psicología implicaciones

⁴ *Ibidem*, p. 19.

democráticas que no pueden ser desestimadas. Sin embargo, estas doctrinas elaboraron el precipitado de que se sirvieron Bentham y Smith para elaborar las suyas. A aquél le bastó la psicología de Helvecio para montar el aparato de una economía liberal, y a éste el sentimiento de simpatía reconocido por Hume para postular el principio polémico de la armonía económica. Nadie, en todo caso, mejor que Mandeville para ilustrar la dignísima ocupación del vicio, y nadie que celebre con tanto arrobo como él la «prosperidad pública» que se obtiene de su empleo.

Dejad, pues, de quejaros: sólo los tontos se esfuerzan
 por hacer de un gran panal un panal honrado.
 Querer gozar de los beneficios del mundo
 y ser famosos en la guerra, y vivir con holgura,
 sin grandes vicios, es vana
 utopía en el cerebro asentada.
 Fraude, lujo y orgullo deben vivir
 mientras disfrutemos de sus beneficios⁵

El contrapunto de esta corriente de pensamiento lo representa una vez más Rousseau. El autor del *Contrato Social* opuso a la moda de las pasiones la trasnochada práctica de la virtud. Al *me gusta el lujo y la molicie* de Voltaire, el elogio de la virtud y de las buenas costumbres. Voltaire tomó el estudio de las pasiones por su lado más amable porque así convenía al progreso de las ciencias; a Rousseau no le era extraña esa costumbre de pensar que el entendimiento se fortalece con el abono de las pasiones, pero consentir en ello e incluso sostenerlo explícitamente, no le obligaba a ponerse del lado de los enciclopedistas. Lo que las ciencias deben en gratitud a las pasiones es lo que éstas deben a la virtud en concepto de perjuicios. Es una verdad incontestable que allí donde la ciencia abunda se disfruta de bienestar; que ésta es suficiente excusa para quien concede prelación al placer sobre sus obligaciones. Pero para quien exige al hombre el cumplimiento de sus deberes, y reconoce en los resultados de las ciencias nuevas necesidades a las que atender, el argumento ilustrado carece de valor.

Mientras que las comodidades de la vida se multiplican, las artes se perfeccionan y el lujo se extiende, el verdadero valor desmaya, las virtudes militares se desvanecen y también esto es obra de las ciencias y de todas esas artes que se cultivan a la sombra de los trascuartos.⁶

No es difícil concluir por lo dicho que toda comparación entre Rousseau y cualquier autor de ideas liberales provoque contrastes casi caricaturescos. Si habilitar las pasiones

⁵ B. Mandeville, *La fábula de las abejas*, Barcelona, Planeta, 1982, p. 21.

⁶ J. J. Rousseau, *Discours sur les sciences*, OC, III, p. 22.

significa hacer lo propio con los intereses personales, parece seguirse que «sólo» del silencio de aquéllas se obtenga un interés general. Esta es la opinión de Rousseau; la crítica liberal expresa la opinión contraria. Un liberal como Saint-Lambert no tendría inconveniente en afirmar la armonía de los intereses personales toda vez que el gobierno dirigiese sus operaciones hacia el bien general y se mostrase a los ojos del público con estas virtuosas intenciones. A Rousseau, en cambio, no le vale con apelar a la buena voluntad de los ministros; hace falta sobre todo que el gobierno aplique medidas intervencionistas con objeto de impedir el desarrollo de las desigualdades. Justamente por eso propone como medida el establecimiento «de fuertes tasas por la servidumbre [...]; en una palabra, sobre todos aquellos objetos de lujo, diversión y ociosidad que a todos maravillan y que no pueden ocultarse por cuanto su único uso es mostrarse y serían inútiles si no se vieran».⁷

A mi juicio, el siglo XVIII reúne las tres grandes obras de economía que preparan el terreno del lujo: el *Ensayo político sobre el comercio* (1734) de Jean-François Melon, *La tabla económica* (1758) de Quesnay y *La riqueza de las naciones* (1776) de Adam Smith. Melon figura en esta tríada por ser quien primero elaboró una viva apología del lujo;⁸ Quesnay porque, aunque ciertamente conservador, no sólo no denunció el encomio del lujo de Melon, sino que introdujo además en su modelo el espíritu analítico propio de las ciencias naturales; y, finalmente, Adam Smith, quien completó la aportación de Melon con un análisis de la producción y circulación de capitales, y la de Quesnay con la estimulación del comercio y de la industria. En definitiva: si Melon manifestó su simpatía por el lujo y Quesnay convirtió la economía en ciencia, Adam Smith completó el programa de la ciencia económica corrigiendo hábilmente las deficiencias de sus dos precedentes.

4. Independencia económica o armonía cósmica.⁹

El enciclopedismo abrazó cordialmente la filosofía que ganaba adeptos en Inglaterra: reconoció el protagonismo indiscutible de los sentidos, acogió solícito el sensualismo que garantiza el concurso de las pasiones, y se sumó a las críticas contra el innatismo de los Leibniz y los Descartes. Sin embargo, entre el empirismo británico y el enciclopedismo francés hay al menos un punto de desacuerdo. Locke rehusó aceptar

⁷ J. J. Rousseau, *Discours sur l'économie politique*, OC, III, p. 277.

⁸ «Verdad es que hasta nuestra época —dice Rousseau— el lujo, aunque imperase con frecuencia, al menos había sido considerado en todo tiempo la fuente de un sinfín de males. Estaba reservado a M. Melon publicar el primero esta doctrina emponzoñosa cuya novedad le ha atribuido más partidarios que la solidez de sus razones», J. J. Rousseau, *Discours sur les sciences*, OC, III, p. 95.

⁹ Expresión empleada por Faure-Soulet en *Economía política y progreso en el Siglo de las luces*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1974.

toda noción innata, y de ello extrajo la siguiente conclusión: si no hay idea que no dependa de los sentidos, no habrá idea que sea universal. Voltaire, en cambio, afirma: «al abandonar a Locke en este punto digo con el gran Newton: “*Natura est semper sibi consona*; la naturaleza es siempre semejante a sí misma”. La ley de gravitación que actúa sobre un astro, actúa sobre todos los astros, sobre toda la materia: asimismo la ley fundamental de la moral actúa igualmente sobre todas las naciones bien conocidas».¹⁰ He aquí la declaración volteriana del universalismo moral. Montesquieu, Quesnay, Turgot, Condorcet o Rousseau, Helvecio o Diderot, afirman igualmente la existencia de principios morales universales.

Parece claro que a una filosofía interesada en animar a las pasiones le estorbe el reconocimiento de una moral universal. Sin embargo, basta con que se asigne a cada cual su parte para que un Turgot o un Saint-Lambert se las arreglen sin complicaciones. Turgot, por ejemplo, no cree menos en la existencia de una economía natural que en la universalidad de las leyes morales, y es esta convicción la que le permite elaborar un método de prevenciones mutuas entre la economía que propone y la moral que comparte. Turgot considera legítimo, así como Voltaire y Saint-Lambert, el reparto descompensado de las propiedades y la diferente especialización de las mismas. De lo contrario —concluyen—, no habría intercambio de mercancías y, en consecuencia, tampoco los medios que favorecen el enriquecimiento de la nación. La desigualdad y la división del trabajo impiden el desarrollo de una economía de subsistencia a la que Turgot o Voltaire hacen responsable de la miseria y el abandono de las campiñas de Francia. Con el descanso que proporciona el reparto de los oficios y el provecho que se obtiene en el intercambio de bienes, el hombre tiene lo que hace falta para dispensarse comodidades. «Los pueblos que han caído en la desesperación —declara Saint-Lambert— se contentan de buen grado con lo simple y necesario, [pero] con un comercio tan extendido, con una industria tan universal, con multitud de técnicas perfeccionadas, no esperéis hoy retrotraer Europa a la antigua simplicidad, sería devolverla a la debilidad y a la barbarie».¹¹

La armonía económica, en fin, no se encuentra en esos pueblos rústicos apasionados de la virtud, sino en aquellos otros pueblos cuyos ciudadanos prueban su vanidad invirtiendo en lujo y trabajan para los demás pensando en hacerlo sólo para sí. La armonía no depende de ningún orden moral. Al contrario: la emancipación económica favorece el desarrollo del bienestar y no pone en riesgo la existencia de principios universales. El lujo no se obtiene en compensación a ningún agravio moral; es, simple-

¹⁰ Voltaire, *El filósofo ignorante*, p. 146.

¹¹ El texto pertenece a la voz *lujo* de la Enciclopedia, su autor es el marqués de Saint-Lambert, y la traducción al español corresponde a la profesora Alicia H. Puleo. La traducción es inédita.

mente, el suplemento de que disfrutaban los pueblos civilizados.

*L'or de la terre et les trésors de l'orbe,
Leurs habitants et les peuples de l'air,
Tout sert au luxe, aus plaisirs de ce monde.
Ahl le bon temps que ce siècle de fer!*¹²

Muy distintas son las cosas del siglo XVIII, según Rousseau, para quienes «estamos demasiado obligados a llevar zapatos para que no estemos dispensados de tener virtud». ¹³ Rousseau recela de todas las grandes monarquías de Europa, a las que no tarda en pronosticar la proximidad de su ruina por el trabajo que se toman en aparentar la grandeza que les falta. ¹⁴ «Concederé, pues, ya que de un modo tan absoluto se propugna, que el lujo sirve al sostenimiento del estado [...], como esos maderos con que se apuntalan los edificios podridos y que muy a menudo acaban de demolerlos. Hombres sabios y prudentes, abandonad toda casa que hay que apuntalar». ¹⁵ Rousseau detesta el lujo por lo que tiene de seductor, por el efecto con que actúa sobre las pasiones y por el daño irreparable que le hace a la virtud. Pero no detesta tanto el lujo como la desigualdad de fortunas: cierto que el lujo redobla las pasiones, pero sólo después de que la desigualdad las haya centuplicado. No basta para que un Estado sea próspero con que su gobierno preserve los bienes de sus súbditos mediante un *pactum submissionis*; es necesario también que esos súbditos se ganen el título de ciudadanos obligándose en toda ocasión a actuar moralmente. El *contrato* recomendable no es el que se obtiene sólo para defensa de la propiedad, sino el que sirve para garantizar la igualdad civil después de renunciar a la igualdad natural. De otro modo, el contrato sólo serviría para garantizar por derecho las injusticias que antes se cometían haciendo uso de la fuerza. He aquí, en resumen, cómo los principios de la moral universal deben ser prescritos a todo ejercicio de poder y a toda actividad ciudadana sin que ningún pretexto pueda proponerse como excepción.

5. Conclusión.

Creo que la conclusión hay que empezar a buscarla por el tiempo en que Rousseau, reconociendo perdida su causa, inicia la redacción de *Las ensoñaciones*, devoto canto a la soledad y renuncia al mundo, y muy próximo en sus fechas de redacción a las que

¹² Voltaire, *El mundano*, en *Opúsculos Satíricos*, p. 168.

¹³ J. J. Rousseau, *Discours sur les sciences*, OC, III, p. 95.

¹⁴ Véase J. J. Rousseau, *Émile*, OC, IV, pp. 288-289.

¹⁵ J. J. Rousseau, *Discours sur les sciences*, OC, III, pp. 79-80.

correspondieron a la publicación de *La riqueza de las naciones* (1776) de Adam Smith, casualidad que no por eso deja de tener un cierto sentido alegórico. El frenesí de unas ciencias dotadas de un método infalible, su empleo consecutivo en la economía política por parte de Quesnay primero y de Turgot después, el optimismo de unos ilustrados que recogieron con arrobo los principios del sensualismo británico, el materialismo de d'Holbach o Lamettrie, la apología maniática del lujo, la exigencia de mantener la desigualdad para garantizar el concurso de las pasiones, el descrédito de la conducta virtuosa, los nombres de Hobbes, Mandeville, Cabanis o Voltaire... Todo, en definitiva, preparaba el mundo cuyo perfil fue retratado vigorosamente por el economista escocés y del que Rousseau se sintió cautivo. «¡He ahí, pues —declara el filósofo de Ginebra—, los portentos a quienes se ha prodigado en vida la estima de sus contemporáneos y reservado la inmortalidad para después de su muerte! He ahí las sabias máximas que hemos recibido de ellos y que transmitiremos de siglo en siglo a nuestros descendientes.»¹⁶ La actualidad es heredera de las ideas ilustradas. Dar una respuesta satisfactoria a las dificultades de nuestro tiempo exige pues examinar su origen, volver la vista al siglo XVIII y desmontar las presuntas evidencias ideológicas que el enciclopedismo francés elaboró sobre las bases del empirismo británico.

BIBLIOGRAFÍA

- DIDEROT, D. *Escritos políticos*, CEC, Madrid, 1989.
- FAURE-SOULET, *Economía política y progreso en el Siglo de las luces*, Ediciones de la Revista de Trabajo, Madrid, 1989.
- MANDEVILLE, B. *La fábula de las abejas*, Planeta, Barcelona, 1982.
- NEWTON, I. *Principios matemáticos*, Tecnos, Madrid, 1993.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Obras completas*, Biblioteca de la Pléiade:¹⁷
- Vol. III: *Du contrat social. Écrits politiques*, 1964.
- Discours sur les sciences et les arts*, introd. de François Bouchardy.
- Discurso sobre las ciencias y las artes*, en *Escritos de combate*, trad. de Salustiano Masó, Madrid, Alfaguara, 1979.
- Discours sur l'origine et les fondaments de l'inégalité*, introd. de Jean Starobinski.
- Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, en *Escritos de combate*, trad. de Salustiano Masó, Madrid, Alfaguara, 1979.
- Du contrat social ou principes du droit politique*, introd. de Robert Derathé.
- El contrato social*, en *Escritos de combate*, trad. de Salustiano Masó, Madrid, Alfaguara, 1979.
- Discours sur l'économie politique*, introd. de de Robert Derathé.
- Discurso sobre la economía política*, Madrid, Tecnos, 1985.
- Vol. IV: *Émile. Éducation, Morale. Botanique*, 1969.
- Émile ou de l'éducation*, introd. de Pierre Burgelin.
- Emilio o de la educación*, introd. y trad. de Mauro Armíño, Madrid, Alianza, 1998.
- SAINT-LAMBERT, voz *lujo* de la *Enciclopedia* (traducción inédita a cargo de la profesora Alicia H. Puleo).
- VOLTAIRE, *El filósofo ignorante*, en *Opúsculos satíricos*, Akal, Madrid, 1978.
- VOLTAIRE, *El mundano*, en *Opúsculos satíricos*, Akal, Madrid, 1978.

¹⁷ La lista de las obras de Rousseau se acompaña de las traducciones correspondientes al español.